



Profesorado de Yoga

Prof Juan Laso

Alumno Carlos Cosentino

Tierras de Avalon

2025

Momentos críticos que dialogan con el bhagavad gita y los aportes de Gandhi

No hay tiempos lineales, ni momentos únicos; existen senderos que se entrecruzan, momentos cíclicos que traen desafíos...

Introducción

El presente trabajo analiza un episodio ocurrido en la escuela que dirigimos, en el que se viralizó un video con consignas antisemitas durante un viaje de egresados de nuestros estudiantes, generando una crisis institucional y mediática. A partir del relato de los hechos y de nuestras vivencias como equipo directivo, se propone una lectura ética y espiritual inspirada en los principios del Bhagavad Gita (particularmente el Dharma Yoga y el Karma Yoga) y en las reflexiones de Mahatma Gandhi en “Mis experimentos con la verdad”. La experiencia permite repensar la dirección educativa como espacio de servicio, aprendizaje y autoconocimiento en contextos de complejidad y conflicto.

Sobre los momentos críticos

El 28 de septiembre se viralizó en redes sociales un video grabado durante el viaje de egresados de los estudiantes de 6° año de nuestra escuela, en el que se escuchaba a un grupo de jóvenes cantar consignas antisemitas (“hoy quemamos judíos”) dentro del micro. En las imágenes se distinguían algunos alumnos riendo y vitoreando, mientras que el coordinador de la empresa de turismo y el padre acompañante parecían participar o no intervenir ante la situación.

El video fue publicado por un periodista y rápidamente se difundió en distintas plataformas digitales, generando una ola de reacciones de rechazo, indignación y mensajes de odio hacia la institución, tanto en castellano como en otros idiomas. La comunidad educativa tomó conocimiento del hecho a partir de las publicaciones y comenzó a recibir cientos de mensajes en Instagram, Facebook y X, algunos incluso con amenazas directas.

El equipo directivo se informó de la situación ese mismo día. A la vez que buscamos contactarnos con las familias acompañantes para confirmar la veracidad de los hechos, se

intentó establecer contacto con la DAIA (Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas) con el propósito de expresar el rechazo institucional y presentar nuestras disculpas como escuela, por lo sucedido .

Al día siguiente, ante la magnitud del impacto público, la escuela recibió la presencia de medios de comunicación. La dirección decidió ofrecer una declaración pública aclarando que el viaje no había sido organizado por la institución y que el personal docente no se encontraba presente. Paralelamente, se convocó de manera urgente a los estudiantes y familias del grupo involucrado para dialogar sobre lo ocurrido. Durante la reunión con los estudiantes, se reconoció el error, hubo expresiones de arrepentimiento y varios jóvenes admitieron haber participado del canto o de la grabación. El equipo directivo y docente enfatizó la gravedad de lo sucedido, el rechazo a todo tipo de discurso de odio y la necesidad de emprender acciones reparadoras.

Posteriormente, se realizó una reunión con las familias, en la cual se comunicaron las medidas previstas: la intervención de la inspección escolar, la articulación con la DAIA y la escuela ORT para pedir disculpas, y la implementación de espacios reflexivos en toda la comunidad educativa. Las familias manifestaron preocupación y disposición a participar en las acciones reparadoras. Desde la conducción se reafirmó el compromiso de abordar lo sucedido desde una perspectiva educativa y ética, fortaleciendo los valores institucionales de respeto, no discriminación y convivencia pacífica.

Este hecho, de profundo impacto comunitario y mediático, se convirtió en un punto de inflexión para la institución y para la práctica directiva. Más allá de la crisis comunicacional, implicó una experiencia vital que interpeló el sentido mismo de educar en valores en un contexto atravesado por tensiones sociales, discursos de odio y desafíos éticos.

La gestión escolar como práctica del dharma

La irrupción del video y su viralización expusieron a nuestra escuela a una crisis pública inesperada, que desbordó los límites de lo institucional para tocar dimensiones éticas, comunitarias y personales. En ese contexto, nuestro papel como directivos asumió una densidad particular, ya no se trataba sólo de administrar un conflicto, sino de responder a una interpelación profunda sobre el sentido del liderazgo y del compromiso educativo.

En el Bhagavad Gita, Krishna enseña que cada persona tiene el deber (*dharma*) de actuar conforme a su rol y propósito, sin evadir las responsabilidades que le corresponden. De modo similar, la dirección escolar debió asumir el deber moral de enfrentar el conflicto, sostener la palabra institucional y cuidar a la comunidad.

El dharma en la gestión escolar no es solo una norma o protocolo, es la coherencia entre los valores que la escuela declara y las decisiones que toma cuando esos valores son puestos a prueba. En este sentido, responder con prontitud, convocar al diálogo y asumir la responsabilidad institucional fueron actos de fidelidad al propósito educativo. La gestión se volvió así un espacio de ejercicio ético, donde cada decisión implicó un posicionamiento frente a la verdad y a la justicia.

El Bhagavad Gita se sitúa en el campo de batalla donde Arjuna, el guerrero, se paraliza ante la necesidad de actuar. En diálogo con Krishna, comprende que el conflicto externo refleja una lucha interior, la tensión entre el miedo, la confusión y la responsabilidad. El texto enseña que el deber (*dharma*) no se define por la conveniencia ni por el deseo, sino por la fidelidad a un principio ético profundo: actuar de acuerdo con lo que uno debe hacer, sin apego al resultado.

En nuestra experiencia en la escuela, ese campo de batalla se manifiesta simbólicamente en el terreno de la gestión en crisis. La irrupción del conflicto como hecho imprevisto, doloroso, que pone en cuestión los valores de la institución nos confronta como directivos con nuestro propio *dharma*: ¿cómo actuar cuando la verdad incómoda, cuando el error propio o ajeno se hace visible y la comunidad lo mira esperando respuestas?

El *dharma*, en este contexto, se traduce en el deber ético y pedagógico de sostener la palabra, asumir la responsabilidad institucional, acompañar y educar incluso en medio del caos. Así como Arjuna debía luchar no por orgullo sino por justicia, debimos actuar no por defender una imagen, sino por restaurar el sentido ético y comunitario de la escuela. Cumplir el *dharma* implica entonces no rehuir el conflicto, sino enfrentarlo con claridad interior, buscando que la acción responda a un principio superior, el de la verdad, la no violencia y la reparación.

Por otro lado, el karma yoga enseña que toda acción genera consecuencias, pero el modo en que se actúa, con apego o sin apego, determina su valor moral y espiritual. Krishna enseña a

Arjuna: “Tienes derecho a la acción, pero no a los frutos de la acción” . En la gestión educativa, este principio se refleja en la capacidad de actuar con integridad sin controlar los resultados inmediatos. Tuvimos que actuar sin garantías, sin saber si las decisiones serían comprendidas o juzgadas. Practicar el karma yoga en ese contexto significó actuar con rectitud, desde el compromiso ético y educativo, aun cuando los frutos de esa acción fueran inciertos o dolorosos.

La respuesta institucional como el reunirse con los estudiantes, escuchar, reconocer el error, convocar a las familias, comunicarse con la DAIA, Ort y con la supervisión encarna una práctica de karma yoga: acción sostenida en el valor del deber, despojada del ego o la necesidad de aprobación. En lugar de reaccionar desde la defensa o el castigo, se eligió actuar desde la reflexión y la reparación, buscando restaurar el equilibrio moral de la comunidad.

El Bhagavad Gita también enseña que el verdadero liderazgo no es dominio, sino servicio. Krishna guía a Arjuna no imponiéndole una orden, sino ayudándolo a reconocer su propia responsabilidad. En ese equilibrio entre el deber y la acción, entre la ética y la gestión, entre la responsabilidad y la humildad, procuramos transformar la crisis en un camino de autoconocimiento, restaurar el sentido de comunidad y reafirmar que la educación, como la verdad, se construye en la práctica cotidiana, una acción a la vez.

2. El karma yoga como acción sin apego al resultado

El Bhagavad Gita enseña que el karma yoga consiste en actuar con plenitud, pero sin apego a los frutos de la acción . Es decir, hacer lo correcto por convicción, no por la expectativa de éxito, reconocimiento, aprobación o con el fin de superar un obstáculo.

Durante los días posteriores a la viralización del video, la conducción de la escuela debió actuar bajo una enorme presión mediática y social. Cualquier declaración o gesto podía ser mal interpretado o distorsionado. Sin embargo, el camino elegido fue el de la acción pedagógica, escuchar, contener, dialogar y reparar. Esa elección implicó sostener la calma en medio de la tormenta, sin responder con reactividad, pero tampoco con pasividad.

El karma yoga invita a actuar con desapego, pero no con indiferencia. En nuestra práctica directiva, esto se tradujo en no dejarse dominar por el miedo al juicio externo ni por la

ansiedad de resolver lo irreparable. Cada paso, ya sea el contacto con la DAIA, Ort, las reuniones con familias y estudiantes, el acompañamiento institucional fue guiado por la búsqueda del bien común y no por la preocupación por la imagen pública.

Como afirma Gandhi , “la acción es el camino hacia el conocimiento”. Cada gesto institucional fue, en ese sentido, un experimento con la verdad, actuar desde la conciencia, aprender de la experiencia y ajustar el rumbo sin renunciar al principio ético que guía la tarea educativa.

3. La verdad como coherencia interior e institucional

En los días que siguieron al hecho, el impacto emocional fue profundo. La conmoción, la culpa y la necesidad de sentido, atravesaron tanto a los estudiantes como al equipo docente y directivo. En ese clima, la verdad se presentó no como un dato, sino como un camino, el de intentar comprender, reparar y transformar.

Gandhi entendía la verdad (*satya*) no como un concepto abstracto, sino como una práctica cotidiana de coherencia entre lo que se piensa, se dice y se hace. Esa perspectiva ilumina el modo en que desde la dirección escolar afrontamos la crisis, sosteniendo la palabra, evitando el ocultamiento y priorizando el diálogo sobre la defensa institucional. Fue una búsqueda de verdad educativa, más que una estrategia de gestión.

El proceso posterior de reflexión colectiva, trabajo con los grupos, articulación con instituciones externas y compromiso comunitario puede leerse como una forma de yoga, es decir, de unión. Unión entre acción y reflexión, entre responsabilidad institucional y autoconocimiento.

Desde la perspectiva de la complejidad, este caso también muestra cómo una crisis puede convertirse en un proceso de autoorganización resiliente ya que la escuela, enfrentada a la incertidumbre, se reconfigura a partir de sus valores más profundos. En esa transformación, nuestra figura como directivos podría aproximarse al arquetipo del guerrero consciente, alguien que actúa con firmeza y compasión, asumiendo que su tarea no es eliminar el conflicto, sino aprender a habitarlo con sentido.

Esto generó un profundo aprendizaje, no buscamos apartar a los que hicieron algo malo, no buscamos negar el odio, sino que buscamos reconocerlo e integrarlo como quien abraza esas

emociones negativas para darle espacio , procesarlas y superarlas. De este modo reconocemos que de diversas maneras estas reacciones de odio, de rechazo, de violencia habitan en todos nosotros en mayor o menor medida.

Relación con “Mis experimentos con la verdad” de Gandhi

Esta experiencia en nuestra escuela y el modo en que propusimos transitarlo desde la dirección pueden leerse en diálogo con las enseñanzas de Mahatma Gandhi en “Mis experimentos con la verdad”. En ese texto autobiográfico, Gandhi no busca erigirse en modelo moral, sino narrar sus propios procesos de error, búsqueda y aprendizaje, entendiendo la vida como un campo de ensayo permanente donde la verdad no es un dogma, sino una experiencia, un camino, que se construye en la acción, en la relación con los otros y en la coherencia entre el decir y el hacer.

Algo de esa lógica del “experimento con la verdad” se refleja en nuestra vivencia institucional. El hecho que protagonizaron los estudiantes confrontó a toda la comunidad educativa con la distancia entre los valores que se declaman como el respeto, la no violencia, la inclusión y las prácticas concretas que, a veces, los contradicen. El video viralizado actuó como un espejo incómodo que devolvió una imagen difícil de asumir, la de una escuela enfrentada a sus propias sombras.

En “Mis experimentos con la verdad”, Gandhi afirma que la verdad no se alcanza de una vez y para siempre, sino que se busca a través del reconocimiento honesto de los errores y del trabajo interior que implica repararlos. Esa misma idea puede aplicarse a nuestra gestión escolar, más que administrar certezas, buscamos crear condiciones para aprender de la experiencia, incluso y sobre todo de los errores. Nos vimos obligados a actuar en medio del desconcierto, la exposición pública y la tensión emocional, sosteniendo una posición ética basada en la escucha, la reparación y el compromiso con el diálogo.

Gandhi entendía la no violencia (ahimsa) no solo como ausencia de agresión física, sino como una práctica profunda de respeto por la dignidad del otro. Frente a los discursos de odio, esa perspectiva se vuelve pedagógicamente urgente. El trabajo posterior con los estudiantes y las familias puede leerse como un intento de reponer esa ética del cuidado, del reconocimiento mutuo y de la palabra como vía de transformación. No se trató de castigar o excluir, sino de

comprender, asumir la responsabilidad y reparar el daño, tal como Gandhi proponía cuando hablaba del poder moral de la autocrítica y la reconciliación.

Gandhi escribió que “la verdad se fortalece con la transparencia y la humildad”. En ese sentido, el modo en que asumimos públicamente el hecho, sin negarlo ni minimizarlo, fue un acto de verdad: reconocer el error, expresar disculpas y comprometerse a trabajar desde la educación. Lejos de ser una posición débil, esta actitud encarna el principio de que la autoridad moral no proviene del poder, sino de la coherencia entre los valores proclamados y las decisiones tomadas.

Conclusión

Lo ocurrido el 28 de septiembre nos atravesó profundamente y todavía cuesta expresarlo con palabras. El recuerdo del domingo al salir de temazkal, al revisar mi celular en lo que parecía ser un día de purificación y relax se tornó en una crisis enorme. La escena de nuestros estudiantes cantando consignas de odio, y la escuela en todos los medios, simbolizó una realidad que parecía desbordar las capacidades de respuesta. Como director, uno sabe que puede enfrentar conflictos; sin embargo, nada realmente prepara para una crisis de tal magnitud, donde lo institucional, lo mediático y lo emocional se mezclan de tal modo.

Estas horas y días de tensión me enseñaron que la gestión en momentos de crisis requiere no solo determinaciones inmediatas, sino también sensibilidad y reflexión. La emoción, el enojo, la vergüenza y la tristeza se combinaban en una experiencia que, lejos de ser solo un desafío, fue también una oportunidad para reafirmar los valores y principios en medio del caos. La tarea fue doble: contener y orientar, actuar con rapidez sin perder de vista el marco ético, y cuidar el entramado afectivo que sostiene a nuestra comunidad educativa. La reunión con los estudiantes, marcada por rostros angustiados y explicaciones sinceras, me recordó que en el fondo no hay maldad deliberada, sino inmadurez y desconexión.

Asimismo, la reunión con las familias reveló la profundidad del impacto emocional y la necesidad de sostener una mirada comprensiva y de apoyo. La escuela no solo educa en conocimientos, sino que también sostiene vínculos afectivos y sociales que son puestos a prueba en circunstancias de crisis.

Desde lo personal, este episodio me dejó un aprendizaje profundo sobre el valor de la palabra institucional y la importancia de la escucha activa. Gestionar también es acompañar procesos humanos en medio de la incertidumbre, donde la empatía y la coherencia se vuelven nuestras principales herramientas. Como directivos, también somos sujetos implicados, con miedos, dudas y sentimientos que debemos reconocer y transformar en acciones de cuidado y reparación.

A la distancia, sigo procesando lo ocurrido, reconociendo en ello una oportunidad de revisión, aprendizaje y cambio. El apoyo en estos textos me contiene y de algún modo brinda respuestas para transitar.

En definitiva, esta situación nos recordó que la gestión educativa puede entenderse como una práctica espiritual en el sentido amplio del término, un modo de actuar en el mundo con conciencia, responsabilidad y servicio. El dharma guía la acción correcta, el karma yoga orienta a actuar sin apego a los resultados, y la verdad, tanto a nivel personal como institucional, sostiene la coherencia y la integridad en nuestro rol. En un contexto social donde los discursos de odio y la desinformación proliferan rápidamente, sostener una acción educativa basada en el respeto y la verdad constituye, en sí misma, una forma de resistencia ética.

Referencias

Gandhi, M. K. (1961). *Mis experimentos con la verdad* (Manuel Gurrea, Trad.). Ed. Kraft.

Bhagavad Gita (2020). (De acuerdo a Gandhi.). Ed. Kier.

Hernandez D. (2022) Claves del yoga, teoría y práctica. Ed. La Liebre de marzo.

